

21 NOVIEMBRE

NUMERO 8.

AÑO DE 1842.

EL ARPA DEL CREYENTE.

PERIODICO SEMANAL

DE LITERATURA Y BELLAS ARTES.



RUINAS.

«En torno gira indiferente el mundo.»

EVANGELINA.

«Solo quedan memorias funerales

que arrastran ya sombras de alto ejemplo;

«Fue allí su plaza, allí fué templo;

De todo apenas quedan las señales.»

ROSA.

Artículo segundo.

Las ruinas de Europa se presentan á nuestros atónitos ojos. Venid, descendamos á España, ese clima templado donde el sol brilla cien veces mas hermoso que en ninguna otra parte; donde la atmósfera está impregnada de suavísimos perfumes. Venid á la cumbre de Sierra Nevada, y ved allí la bella Granada, la metrópoli de los moros, la suspirada de los árabes, el paraíso del profeta. ¿En dónde están los palacios de las hadas, la torre Bermeja, el Albacín, la Alhambra y el Generalife? Sus aéreas cúpulas han desaparecido con el pueblo ardiente que moraba en ellas, y solo nos restan ruinas, y fragmentos de aquellos mágicos edificios, que se estremecen al leve soplo de los vientos. Mirad en aquel bosque cuánto tronco cortado por el hacha del leñador que yacen al par de ligeras columnas, de calados de piedra, de preciosos

mármoles cubiertos de flores y hojarasca. Este portico estuvo un día en pie, solo, aislado; arco fantástico, que desespéra á los severos arquitectos del gusto griego, y que hoy coronan las rosas, las lilas y doradas adormideras.

Mas allá, á la sombra de los azufaios y naranjos, retiembla el agua en un pilon de mármol, cayendo bulliciosa de una fuente, que tiene delante una arábica inscripcion. ¿Quién ha grabado aquellos caracteres? ¿con qué leyenda maravillosa tienen relacion aquellos lugares? ¿Nos lo dirá el contrabandista que en la sombra de la noche abreva sus mulas en el fresco manantial, impaciente ya por llegar á la venta solitaria? Ah! El goza de las purísimas aguas, de la apacible sombra del enmarañado bosque; pero ni aun ha pensado en preguntar el nombre de los que vivieron en esta ciudad encantadora, conserva una confusa memoria de la tradicion; pero mira con indiferencia desmoronarse insensiblemente la Alhambra, y huella de igual suerte el campo donde fué Itálica; donde yacían enterradas las termas y palacios romanos, la casa de Trajano y del gran Teodosio.

Alejémonos, pues, y volemós á Italia, á ese pais de delirio y poesia, á esa tierra surcada de ruinas y de recuerdos. Aquí sin duda encontraremos mas simpatías hácia esos ilustres restos de un esplendor amortiguado; el entusiasmo de los habitantes del pais será igual á nuestro entusiasmo de extranjeros. Ea! Abandonemos esa Roma cristiana, y con el pensamiento paseémonos por las calles de la antigua ciudad. ¿Qué soledad! ¿Qué silencio! No se percibe mas ruido que el aleteo del pájaro que forma su nido entre las hojas de la cornisa corintia, ó el estremecimiento de la yedra movida por las brisas. El acueducto está seco, las estatuas en el polvo,

las calles llenas de escombros, y de cuando en cuando encontraremos un mendigo dormido á la sombra de una bóveda, ó un pastor que raspa con su navaja las figuras de un precioso relieve, mientras brinca su cabra sobre un pedestal abandonado.

Encontraremos, sí, un *cicerone* que por dinero nos conducirá por las villas, repitiéndonos lo que dijo ayer, lo que dirá mañana, lo que aprendió de sus padres, lo que estará diciendo toda su vida, sin poner ni quitar una palabra.

Ah! qué melancolía nos ha infundido su rutinaria relación!

Abandonemos esa Roma venal y bastarda!

Hé ahí la Grecia, madre de las artes y de las ciencias, y fuente purísima de la gracia: tal vez en ella seremos afortunados. Mas ¡ay! aquí, como en todas partes, los hombres de hoy en día somos las ruinas de los hombres de otros tiempos. Los despojos de la rapacidad europea están sepultados entre los olivares, y bajo las anchas hojas del acanto. Las mujeres griegas, los pescadores del Peloponeso nos hablarán de la suavidad de su aceite, del perfume de su miel, de la dulzura de sus racimos; pero callarán las glorias de Atenas, el esplendor de Corinto, y la independencia de Lacedemonia; porque la esclavitud ha herido las cuerdas de su alma, y ya no pueden vibrar á tan gloriosos recuerdos!

Acabemos de peregrinar por Europa: el norte se nos presenta entre vapores nebulosos. ¡Escocia! el país ideal y fantástico, immortalizado por los ecos del arpa de Ossian! ¿Quién es ese robusto Caledonio que camina á los *Grampians* con el arco en sus espaldas? Bajemos con él á ese valle donde se estienden las azules orillas del lago cercado de brezos, de rojas flores, de abetos y fúnebres tejos: allí vemos ciertas piedras misteriosas cubiertas de musgo. ¿Qué valle es aquel? ¿Qué piedras son estas? Ninguna conmoción percibimos en el semblante del montañés: estiende su arco; hiere al corzo que ramonea sobre aquellas masas de granito; pero ni un solo recuerdo agita el alma del cazador. Y aquellos son los brezos de Conna, esas piedras, altares donde se ofrecieron víctimas expiatorias á los manes de Fingal; y esa roca iluminada por un rayo de púrpura, es tal vez donde Malvina llevando de la mano al ciego bardo evocaba con los suspiros del arpa de Ossian el alma errante entre las nieblas.

Pasando de la Escocia á la Escandinavia veremos ruinas también é indiferencia. Preguntémosle al minero que se retira de noche mientras silban los altos pinos, ¿qué son esas piedras rúnicas, esas colinas sepulcrales, esos altares y grutas misteriosas, entapizadas de líquen parásito? y el minero estupefacto, mirándonos con extrañeza, nos dirá: No entiendo nada de eso. Y esas piedras servían en las asambleas de Thing! ¡esos altares aun chorrean la sangre del terrible holocausto del rey de Leire, y en ese salón de piedra se celebraron los misterios de Edda; y esa colina sepulcral cubre acaso un campo de victoria! Acá Odin lanzó su clamor sangriento:

allá las Valquirias guerreras llevaron en sus azules alas las almas de los héroes, y vinieron á buscárcopas triunfantes para el festín de *Vlaalah*.

Ya llegamos á Francia: erramos por los inmensos y desolados páramos de la antigua Armorica, y en sus venerables bosques que la seguridad ha respetado. Aquí tenemos trastocados y en pie muchos despojos y piedras enormes; unas suspendidas sobre la roca que se desploma, y otros á lo largo de los arroyos que lamen su carcomida planta. Otras veces sirven de cimiento á la choza del pastor breton; y sobre estos restos desconocidos entona su canto lastimero, enciende una hoguera para calentar sus arrecidos miembros.

En vano será preguntarle cuyas son esas piedras colosales, ni que manos las trajeron rodando hasta aquí; pero si recojemos nuestros pensamientos, muy presto por entre la niebla se nos aparece lo pasado con toda su fantasmagoría de recuerdos. Acérquense cual sombras los antiguos gaulas con sus ritos y ceremonias: oímos la voz de la sacerdotisa coronada de bervena, entonando el himno del combate, y valicinando la victoria. Cerca de la piedra se levanta el druida con su barba blanca, segando con su hoz el muérdago del año nuevo.

Salgamos ya de Europa, que nada mas puede ofrecernos.



CRITICA DRAMATICA.

Al dar principio á nuestras tareas sobre crítica dramática, creemos oportuno esponer, aunque rápidamente, algunas de las reglas á que atenderemos para formar nuestro juicio, exposición que creemos tanto mas necesaria, cuanto que en la época presente apenas hay base fija en que poder apoyarse sobre este punto, merced á las diversas escuelas que se dividen el campo literario; merced á esa libertad, con tanto esfuerzo proclamada.

Laxos é indulgentes hasta lo sumo, nos mostraremos respectivamente á esas reglas que solo dicen relacion á las formas, pero no podremos dejar pasar desapercibido el desprecio de las que se fundan en la propia naturaleza de las cosas, y en el corazon del hombre.

En este concepto, nuestra crítica recaerá sobre el sostenimiento de los caracteres, sobre la proporcion entre el todo y sus partes, la purificación y preparacion de los acontecimientos é incidentes, la facilidad en el manejo de la intriga ó del nudo dramático, la naturalidad de su desenlace, y sobre otras mil circunstancias y cualidades de esta naturaleza, sin cuya concurrencia tiene que aparecer defectuosa toda clase de composiciones, en todos tiempos y ante todas las escuelas.

Pero donde especialmente clavaremos nuestra vista, como punto que constituye el principal objeto del ARPA DEL CREYENTE; donde aplicaremos con mas detencion el lente de la critica, será en la moralidad ó inmoralidad que presenten las composiciones dramáticas, como quiera que la falta de enseñanza, ó mas bien la presentacion de ejemplos perniciosos es la infraccion de la regla, de la ley mas importante de todo género de obras, ya se dirijan al entendimiento ó á los sentidos, á saber: la veneracion y respeto que al espíritu se deben.

Siendo las composiciones dramáticas un recuerdo fiel, un espejo de los acontecimientos de la vida humana, afectando todos nuestros sentidos por medio de su representacion, y verificándose esta ante un número considerable de personas de todos sexos y condiciones, tienen que ejercer necesariamente una grande influencia en la moral pública; y asi como ofrecer pueden abundantes enseñanzas, é inculcar en los corazones los mas bellos sentimientos de virtud, haciendo germinar en la imaginacion las ideas mas hercúlicas y generosas, pueden tambien escitar las pasiones mas violentas y los sentimientos mas bastardos. El teatro puede encerrar en sí la muerte ó la vida. Esto depende del buen ó mal uso que de él se haga. De aquí las tan encontradas opiniones sobre la utilidad ó perjuicio de semejante institucion. De aquí las tremendas censuras y las defensas lanzadas y escritas todas por doctos varones que, á la profundidad de su talento, agregaron la aureola de la santidad. De aquí el ver prohibidas las representaciones dramáticas, y aun condenados á muerte á los representantes, cuando el abuso que de ellas se hizo atacaba á la política, manchaba la moral, ó heria á la religion; y al contrario, cuando se contuvieron en los limites del decoro, cuando se presentaron con toda su dignidad, el presentárennos á la vista un Leon X protejiendo el teatro, asistiendo á las representaciones que se ejecutaban en el mismo palacio pontificio, en la misma habitacion del sucesor de S. Pedro, y erigiendo un suntuoso coliseo para representarse dramas, compuestos tambien por un cardenal.

Por eso para nosotros la cuestion sobre la conveniencia ó inconveniencia del teatro está facilmente resuelta, porque su resolucion depende

del buen uso ó del abuso que en él se haya introducido. Y por eso señalaremos nosotros con el dedo al desprecio público, allí donde se halla introducida la licencia, y aplaudiremos con toda la efusion de nuestra alma lo que se contenga en los limites de una libertad bien entendida.

Así, pues, no podemos menos de acusar y de condenar la presentacion en la escena de esos amores incestuosos y sacrilegos, de esas orjías donde tienen lugar la mas descocada impudencia, y la mas torpe osadía, y de todas esas violentas pasiones que se ofrecen al público triunfantes, marcadas con el sello del genio, adornadas con el manto de un singular heroismo, y como emanaciones de almas fuertes y superiores. Porque si así se entiende, y se dirige el teatro, nos crearemos trasladados á aquellos tiempos en que era señalado como un objeto de abominacion y de escándalo; á aquellos tiempos en que esclamaba Lactancio: las comedias, solo tratan de los estupros de las vírgenes, ó de los amores de las mujeres perdidamente fáciles: las tragedias de parricidios é incestos de reyes delincuentes, coronando con elogios sus delitos.»

No ignoramos que se debe presentar y colorir el vicio con la mayor viveza, y que de su presentacion en el teatro, pueden resultar grande enseñanza y escarmiento; pero esto solo tendrá lugar cuando el criminal reciba el condigno castigo, ó cuando se trazan al vivo los remordimientos, los sobresaltos, las amarguras que corroen y acibaran los infieus pechos. En tales casos, bien puede describir una atrevida pluma el lupanar de la deshonesta esposa del orbe romano; bien puede mostrarnos espuesto su rostro á deshonrosas miradas y á osculos de baldon; bien puede señalar la mano villana tendida para cobrar el salario de un infame deleite, y desgarrar cuantos velos sus pechos adúlteros cubren. Que si el poeta se muestra poseído de un noble horror á semejantes abominaciones; si hace que el corazon de los espectadores palpita contra la villana simulacion de Tiberio, contra la demencia de Calígula, contra los nefandos deleites de Lucrecia Boria, contra las infames arterias y descocado orgullo de Margarita de Borgoña, bien puede describir con valientes pinceladas esas escenas de perfidia, sin temor de que esciten sus vivas imágenes deseos impuros, sin temor de que se ausente del teatro Caton el Oticense.

Y hé aquí la diferencia que hay entre el modo de presentar el vicio en los dramas antiguos y algunos de los modernos: en aquellos se espone para escarnecerlo, en estos para ensalzarlo. Hé aquí por qué no comprendemos cómo se atreven á alegar algunos en descargo de esos desvarios de la imaginacion de nuestro siglo, de esas escenas tan terriblemente horrorosas aquellos rasgos y caracteres que ofrecen algunos de nuestros antiguos dramas, el Purgatorio de S. Patricio, la Devocion de la Cruz, el Mágico prodigioso, el Tetrarca de Jerusalem, verdaderas personificaciones de toda clase de crímenes, cuya sola lectura aterroriza, y que hallarian dificultad en recargar aun esas imaginaciones abrasadas de nuestra época. Nuestro

teatro antiguo, dicen, no solamente nos presenta personajes, los mas bajos y criminales triunfantes de la virtud, de la inocencia, de la fuerza y de todos los obstáculos del mundo, sino que, como si esto no fuera bastante premio de sus crímenes, vemos abrirse las puertas de los cielos y llevarlos un coro de ángeles á las mansiones eternas. El héroe de la devoción de la Cruz, por ejemplo, es un gefe de bandidos, no un bandido filosófico cual los de Schiller; no un sistemático adversario de la tiranía legal, sino un bandido que retirado en las montañas espórcase la desolación y el terror en las campiñas. Allí se le ve robar á una religiosa, é intentar su violación; allí se le ve pronto á degollar á un sacerdote, y á cometer los mas negros delitos; y no obstante, habiendo sido muerto, se ve ascender su alma á los cielos. En el animal profeta de Lope de Vega, baja Jesucristo del cielo para salvar á un delincuente que ha muerto á su padre y á su madre, y que ha intentado matar á su mujer. En el Condenado sin fé de Tirso de Molina, un asesino que muere en el cadalso, es transportado á los cielos por los ángeles, y un santo ermitaño, despues de una larga vida de sacrificios y de piedad, por un solo crimen cometido en un instante de duda, es sepultado en las llamas infernales. Hé aquí, pues, recibiendo el vicio el triunfo mas completo, y la virtud el mas tremendo castigo. » Así es en efecto, diremos nosotros; es verdad que ningun dramático moderno nos ha presentado cuadros tan terribles ni triunfos tan completos. Pero atendamos al espíritu que dictaba tan extrañas concepciones. El sentimiento religioso llenaba los corazones de los españoles de aquella época; conocian toda la enormidad del crimen, toda la inmensidad y justicia de Dios, y el ánimo del desgraciado que habia sido arrastrado por las pasiones, y lanzado en el crimen, se hallaba acaso vacilante y pronto á caer en la mas horrible desesperación. Necesitaban, pues, aquellas almas que se dolian verdaderamente de sus crímenes, ser alentadas á entrar de nuevo en el camino de la virtud; necesitaban para esto de un mar de consuelo y de esperanza. Por eso nuestros poetas se propusieron demostrar la inmensidad de la clemencia divina y el poder absoluto de la fé.

Por eso trataron de presentar al hombre, que habia sido dominado por el yugo de las pasiones, un camino consolador de esperanza, y se propusieron demostrarle que el arrepentimiento aun momentáneo, era capaz de arrancarle del dominio del vicio, y de procurarle la bienaventuranza, siempre que fuese acompañado de la fé. Por eso se esforzaban en presentar la plenitud de creencias religiosas, sino como el principio de todas las virtudes, al menos como el complemento necesario para purificarlas y para hacerlas completamente meritorias á los ojos de la divinidad. Y por eso, si nos presentan á un bandido robando á una virgen, tambien nos lo muestran huyendo espantado de la cruz que ha visto en su pecho: si aparece á nuestra vista intentando matar á un sacerdote, le vemos guardar con él las mayores consideraciones, luego que le es conocido su carácter: si el criminal se salva y el ermitaño se condena, es

porque aquel se ha arrepentido de sus crímenes y ha permanecido fiel á la fé, y porque este ha claudicado y se ha entregado en los brazos del vicio. Jamás queda triunfante el crimen, porque cuando es premiado, le ha sustituido la virtud: jamás es castigada esta, porque cuando se le impone la terrible pena, se ha convertido ya en crimen. Digásenos ahora si hay alguna semejanza entre aquellos dramas y los modernos. Si de algun defecto adolecian aquellos dramas, eran causados por lo sobra de creencias, si nos es permitido explicarnos así. Porque tal es el empeño en inculcar el principio que hemos espuesto, que eludido atrevidamente los dogmas fundamentales, arrancan á los castigos eternos al pecador, sorprendido por la muerte en el crimen para darle la posibilidad de merecer la salvación. Pero todas estas atrevidas licencias, se dirigen á la mayor gloria de la religion: el público de aquella época sabia que un raptó de la imaginación no es una creencia. No hay temor de que le estravie de su camino ese luciente meteoro. Porque cuando el poeta sumido en la contemplación del amor de la divinidad á sus criaturas, absorto en la meditación de su sacrificio, en un momento de entusiasmo, en un raptó de esperanza, se atreve á traspasar los límites de la clemencia suprema, y á pedir un milagro al amor divino para la enseñanza del hombre, el cristiano al paso que admira entusiasmado el atrevido vuelo del genio, y que aplaude la sana intención que le arrebató, se prosterna con respeto ante los mas severos dogmas, ante los mas terribles misterios del catolicismo.

El amor es, particularmente la pasión de que mas se ha abusado en el teatro. No somos nosotros de aquellos *amateurs* á quienes dirigia Voltaire en su prólogo á la *Merope* aquel exámetro: *Hoc legite, austeri, crimen amoris abest*; antes por el contrario, creemos que este afecto, aun considerado como pasión, es uno de los elementos mas necesarios de las composiciones dramáticas; porque es el que mas bellezas produce, el que hermosa y anima todo el cuadro, porque es el afecto mas sublime, el mas noble, y que mas inmediatamente emana del corazón y del espíritu. No somos tampoco de los que quisieran ver solamente en el amor aquel afecto á que se ha dado imprópiamente el nombre de amor platónico, y que consiste en cierta incomprensible unión de las almas, en que no tienen el mas leve influjo, ni la hermosura, ni la juventud, ni aun la diferencia de sexos, especie de misticismo aplicado á las mutuas relaciones del hombre y de la mujer. Pero si quisiéramos que cuando se presenta el amor en el teatro, se guardasen los respetos y consideraciones debidas á los castos oídos de algunos de los espectadores, y que ya que haya de dar luz esa llama á la escena, sea encendida por ese afecto que abraza todas las fases de la naturaleza, ó personalidad sexual, no por ese afecto puramente físico que conviene muy bien al bruto, pero no á un ser dotado de inteligencia capaz de los mas elevados sentimientos, á un ser que debe moralizar todos sus actos por la intervencion de sus facultades intelectuales, y hasta de imprimir en ellos aquel ca-

rácter de dignidad que manifiesta en el la conciencia de su naturaleza mas noble.

Pero nuestra pluma ha corrido desapercibidamente, escudando acaso los límites de un periódico. Baste por hoy este tosco diseño de algunas de las reglas que nos han de servir de medida en nuestra critica; que no nos faltará ocasion de esponder las que no nos permiten trazar á la sazón las estrechas columnas del ARPA DEL CREYENTE.

No se crea por el tono de este artículo, por la sobra de rigidez que lo ha dictado, que nos domina la presuncion de poder dar reglas sobre tan delicada materia. No se crea que tratamos de clavar desapiadada y petulantemente el escapelo de la critica. Nuestro intento es mostrarla siempre fundada, y no caprichosa; digna siempre y nunca injusta.

Nuestros mas íntimos deseos serian, que en tan delicada materia emanasen siempre del ARPA DEL CREYENTE los sonidos mas puros y delicados; quisiéramos no llegar á sus cuerdas, ni aun con la sombra de nuestras manos, y que suspendida en el espacio entre el cielo y la tierra, fuese modulada como las arpas eolias por el suave aliento del céfiro; pero ya que nos vemos en la necesidad de pulsarla, si por ventura saliese algun sonido mal articulado, hágasenos la justicia de creer, que solo ha sido causado por el roce de nuestros toscos dedos.



ESPRONCEDA.

Lauda post mortem.
SALON.

En dónde, en dónde estás? ¿Por qué tu acento (1)
en los sabitines bóvedas no zumba,
de pompa y majestad poblando el viento?
¿En dónde estás? El eco de una tumba

(1) Esta composicion fué leida por su autor en el salon del Museo, en la misma noche y en el mismo sitio en que estaba citado para leer nuestro ilustre y malogrado consocio, y un dia despues de su arrebatada muerte.

responde solo á mi clamor inquieta;
el alma busca al inmortal poeta,
por él demanda al mundo, en torno mira,
y el mundo calla y con dolor suspira.

¡Oh! vive aun! La multitud ansiosa
al dulce imán de sus acentos viene,
y espera que su lira portentosa,
estremerciendo de placer resuene.
¡Ven, Espronceda, ven!.....
.....¡Partid, amigos,
Espronceda murió! ¿Quién me dijera
que dó su canto retumbar debía,
mi acongojado pecho,
en lágrimas desecho,
su arrebatado fin anunciaria?

Yo ví, muerte cruel, con turbies ojos
cercado el corazon de horror y espanto,
en lúgubre silencio sacrosanto,
tus inclitos trofeos y despojos.
Yo ví su frente hollada
por tu arrogante planta descarnada.
Ví su labio marchito y sin murmullo,
como desierto cauce de un torrente,
que á los páramos dió frescor y arrullo.
El labio que riente
dulcísimos amores derramaba,
y lágrimas tan dulces arrancaba,
y al sol dijo potente:
yo quiero hablarte, sol, oye, detente.

¿Por qué con fauces hórridas y hambrientas
vas, oh muerte, á los genios acechando,
y al necio y al malvado desdeñando,
de víctimas ilustres te alimentas?
¿Por qué si ves sobre el error inmundo
descollar una frente, donde el horno
de eterna inspiracion ardé fecundo,
vas revolando en torno,
y sobre ella te ciernes con graznido,
y la contemplas leda,
y descienes cual rayo desprendido,
clavas allí tu garra,
y ayer nos robas al profundo LARRA,
y hoy al noble y magnífico ESPRONCEDA?

¿Por qué?... ¿No lo sabeis? Cuánta amargura
al recordarlo siento! ¿Acaso visteis
á la fragante rosa
descojer de carmin templado en nieve
el tímido boton al alba hermosa?
¿No visteis como el céfiro se embebe
en sus blandos olores, sin hartura?
Y que la flor amiga
tanto y tanto perfume le prodiga,
que agota el cáliz de su esencia pura,

y lánguida fallece y sin aroma,
cuando la noche en el cénit asoma?

Flores los genios son, flores del cielo:
su ardiente inspiración es el perfume;
cuanto más lo desparcen por el suelo
más presto su existencia se consume.
Así Byron pasó; Gomis, el Tasso,
la Malibran de voz encantadora,
y Figaro, Bellini y Garcilaso:
así la flor de tu fecunda vida,
doliente trovador, mustia, inodora
vino volando al suelo desprendida.

¡Murió, murió! Vereis como crueles
en su tumba los hombres amontonan
palmas tardías, flores y laureles,
y al que daban ayer ingratas hieles,
hoy cadáver sombrío le coronan.
¡Corona maldecida,
si por ella los genios dan la vida!

«Este laurel y efímeros incensos
mezquinos son. Mortales, Dios es justo,
la aureola de númenes inmensos
ciñe al cantor de la virtud robusto.
Tras ella voy. A Dios.»—Dijo Espronceda,
y elevóse magnífico al Olimpo,
y aquí dejó sobre la yerba lisa
su abandonada lira silenciosa.
¡Venid, mirad! Los vientos doloridos
con sus lánguidas alas la tocaron,
y ni aun siquiera débiles gemidos
de sus sensibles cuerdas arrancaron.

¿Quién osa levantarla? ¿Quién del suelo
osa encumbrarse al vuelo
del águila candal? Seguir sus giros,
perderse entre cien orbes, sin más guía
que su audaz fantasía,
y al mundo tornar luego con suspiros?
¿Quién la tronante y fervida armonía,
la desmayada languidez remeda
del undivago canto de Espronceda?
¿Quién á la triste España
consolará de pérdida tamaña?

Nosotros no: los que tu voz oímos,
Bardo del Occidente,
de admiración y miedo enmudecimos;
y al ensayar el cántico doliente,
rotas las venas del amargo llanto,
en manos del dolor se ahoga el canto.

Lamenta, España, tu horfandad: no queda
remedio á tu aflicción. Pero si un día
tu almo seno fecundo

brotase un Espronceda,
calma el dolor profundo,
que basta un genio á engrandecer un siglo,
cual basta un sol á iluminar un mundo.

F. NAVARRO VILLOSLADA.



FIN.

(LEYENDA.)

(CONCLUSIÓN.)

La plaza de la virgen del Carmen de Castiglione está concurrida y animada como en un día de fiesta. Los rumores y gritos que se levantan del seno de la multitud, unidos á las armonías del órgano, á los cánticos sagrados que brotan de lo interior de la iglesia, y á los sonidos de las campanas echadas á vuelo, pueblan los aires de aquellos alrededores, anunciando á los viajeros que avanzan hacia aquella villa por mil diferentes caminos, el principio de la función que los atrae, y haciéndoles apresurar el paso.

Entre las mil gentes que de la parte de Itri avanzan hacia la población, distingüense dos mujeres, la una jóven y la otra ya de alguna edad, las cuales, mas que los demas parecen tener ansiedad de llegar con tiempo á la ceremonia que se prepara en la iglesia del Carmen. La prisa con que andan las impide casi el hablarse, pero no tanto que no suelten de cuando en cuando algunas palabras, que no seria del todo fuera de nuestro propósito el escuchar. La vieja, como que no puede caminar tan apresuradamente como su compañera, para no quedarse atrás trata de picar la curiosidad de esta, contándole las noticias mas interesantes que sabe. Con esto logra su objeto, la muchacha atenta á sus palabras acorta el paso, y ella no tiene ya que sofocarse tanto en su camino.

—¿Con qué es cierto que conoce V. á la jóven novicia? dijo la muchacha como siguiendo el hilo de una conversacion que se hubiera anteriormente interrumpido.

—Toma si la conozco, contestó la vieja, como que habitaba con su madre una casita á unos doscientos pasos de la mia. La he visto crecer y hacerse mujer: desde muy chiquita era ya el encanto de todos los de la aldea. Era la mas hermosa y mas inocente de las criaturas, y su madre la queria tanto! pero bien podia quererla, porque era una alhaja envidiada de todo el mundo. Salia muy pocas veces de casa, y solia mezclarse muy poco con sus compañeras: por lo regular huia siempre de las diversiones. No te la vayas á creer por esto triste y severa, y sin gusto, sin inclinacion á los placeres; muy al contrario, siempre estaba sonriéndose, y cualquiera cosa era bastante á entretenerla. Por esto huia de los placeres tumultuosos, y parecia hallarse asustada en medio de las demas jóvenes reunidas en sus juegos.

—Pues mirad, dijo en esto la jóven, no deja de ser esto extraño. Yo por mi parte, no me hallo sino es en medio de las demas jóvenes de mi pueblo, gritando, chillando y alborotando como todas ellas.

—¡Ah! es que has de saber que la novicia de que hablamos, estaba desde su infancia destinada al claustro, y Dios sin duda que la habia escogido por esposa, la inspiraba este desprecio de las cosas de aqui bajo, que todos los santos han tenido.

—De veras!

—¿Pues qué pensabas? Inés ha sido toda su vida una santa, como que en nuestra aldea estamos todos muy convencidos de que la Virgen bajaba á visitarla de tiempo en tiempo. Si hubieras oido una noche, qué músicas tan celestiales, tan desconocidas, salieron de la parte de su casita. ¡Oh! lo que es aquella noche no hay que dudarla, la reina de los cielos descendió á su morada.

—¡Es admirable! Ya habia oido yo, algo de eso: bien que las muchas gentes que vienen á la ceremonia, dan á entender claramente el interés que esta jóven ha despertado en la comarca. Tengo ganas de verla; será muy hermosa.

—Pobrecilla: lo que es ahora me han dicho que está muy desmejorada, muy pálida, muy enfermiza, que dá cuidados á toda la comunidad. Los santos no se pueden hallar bien en el mundo.

—La rigidez de la regla tal vez.

—Ca: ni pensarlo. Antes de entrar en el convento tuvo ya una temporada en que de dia en dia se la veia marchitarse y acabarse. Eso no puede consistir en otra cosa que en lo que te llevo dicho: los santos no pueden hallarse bien sino en el Cielo.

—Y quién sabe si tal vez por un ensalmo ó por algun maleficio no la ha puesto alguna bruja en ese estado.

—No digas esas cosas.

—Mirad: muy reciente está el caso de otra muy enteramente parecida. ¿No habeis oido nombrar alguna vez á la familia de los Galanis, á

esa familia rica y poderosa de nuestra aldea? pues bien, habeis de saber que el primogénito de esta familia hará como año y medio que por haber comido una manzana que una tarde que venia cansado y hambriento de la caza le brindó una vieja llamada Telesfora, cayó de tal manera enfermo y macilento, que nada ha podido ya volverle otra vez á su estado primitivo.

—Eso es muy fácil que suceda, pero es muy diferente la una enfermedad de la otra.

—Yo no sé mas sino que el pobre Miguel ha ido poco á poco consumiendo y acabándose, cual si un vampiro le chupase todos los dias la sangre. Además, lo que nos ha hecho creer en alguna intervencion del infierno, son los delirios que conunmente le acometen en que habla de una mujer, dando gritos y llamándola con diversos nombres, la cual no puede ser otra que la bruja que de tal modo le ha puesto.

—Seguramente.

—Acontece con frecuencia que abandona su casa por quince ó veinte dias, sin saber en todos ellos ninguno de su familia á donde para. Algunas veces, al cabo de largas indagaciones, han solido encontrarle, ya al lado de una fuente que tiene tres palmeras, ya junto á un alamo el mas grande que hay en todos los contornos, en fin, siempre á los alrededores de la casa de Telesfora, lo que nos ha confirmado que esta maldita vieja es la que sin duda ninguna le ha trastornado de tal modo. En el dia el pobre Miguel está á las puertas de la muerte; no le quedan seguramente muchos dias de vida.

Hablando asi habian andado un largo trecho de camino, y ya se hallaban muy cerca de su término, cuando otra mujer, saliendo de una senda de la derecha, se reunió á nuestras dos interlocutoras. Traia un grande ramo de flores silvestres que venia á ofrecer á la profesa, y una corona de rosas blancas que las jóvenes de su aldea ofrecian á la virgen del Señor, como emblema de su pureza y castidad. Picada la curiosidad de nuestras dos viajeras á la vista del ramo y la corona, tavieron con esto un nuevo motivo de entablar una larga conversacion con la recién venida, mas animada todavia é interesante que la anterior.

—A juzgar por la prisa que os dais, y por la direccion que llevais, debeis ir sin duda á la fiesta de Castiglione, preguntó la vieja á la mujer del ramo.

—Seguramente, contestó esta, que no deseaba mas que poder comunicar á todo el mundo el motivo de su comision. Este ramo y esta corona que veis son para rendirlos á las plantas de Inés, de la desposada de Dios, de la hermana de los ángeles.

—Tambien nosotras vamos á la fiesta.

—¿Y quién no asistirá á ella? prosiguió con entusiasmo la comisionada. ¿Quién no andará aunque sean diez leguas por ver un solo momento el semblante de ese ángel, de esa Inés tan hermosa y tan inocente? Yo soy una pobre de la aldea inmediata, y aunque no he visto en mi

vida mas que tres veces; los beneficios de que en estas tres veces me coliné no me la dejarían olvidar jamás. Vosotras no la conoceréis tal vez.

—¿Si la conozco? contestó la vieja con cierto tono de importancia y satisfacción, la he tenido de pequeña mil veces en mis brazos.

—¿Qué felicidad: pero también habéis de saber que aunque á algunas millas de su casita, apuesto tres contra uno, á que no hay nadie en la comarca que pueda dar mejor que yo cuenta de su vida, tanto antes como despues de haber entrado en el convento.

—¿Y qué sabéis? preguntó con curiosidad la joven: dicen que es una santa.

—Y no dicen mas que la verdad. Figuraos que durante su noviciado, no ha hecho mas que rezar, ayunar y mortificarse. Asi la pobrecilla ha ido quedando poco á poco tan débil y amarillenta, que dá lástima el verla. Todas las noches las pasa siempre en vela, orando arrodillada á los pies de una virgen que tiene junto á su cama, y los dias en el coro orando tambien. Algunas veces acontece que ya se han retirado todas las monjas á sus celdas, y aun Inés, sin notar que ha quedado sola, continúa su rezo, hasta que alguna de sus compañeras la llama y la saca de ese éxtasis, de ese atrobaniento, en que sin duda, como se cuenta de Santa Teresa, Inés debe de ser tambien trasladada en espíritu á los cielos.

A esto llegaban, cuando ya el murmullo de las voces y la algarazara de la gente que ocupaba la plaza, las impidieron continuar en su conversacion.

La iglesia estaba brillantemente iluminada, y las gentes que la llenaban empujándose unas á otras, parecían las oleadas de un mar en bonanza. Todos querían ver la ceremonia, y esta era la causa de que los de atrás empujasen á los de delante, y estos maldijesen á los de detrás.

En esto comienza de repente á resonar el órgano con toda la pompa y plenitud de voz de sus trompas mayores, y la iglesia parece estremecerse á aquel súbito arranque de armonía.

Un coro de voces dulces y melodiosas se oye luego acompañado de esta música, y la muchedumbre escucha embebecida los mil acordados acentos de estas voces. Pero á estos bulliciosos y alegres sonidos sucede bien pronto un silencio sepulcral. Doce monjas cubiertas todas con el velo, y vestidas del sayal y la toca, aparecen en esto con velas encendidas á la puerta de la sacristía, y avanzan hacia el altar mayor. En medio de ellas, una joven vestida de blanco, con los cabellos tendidos á la espalda, ceñida de una corona de rosas blancas, camina majestuosamente, dejando ver á la luz del cirio que lleva en la mano, un rostro hermoso como el de un ángel, aunque mustio y amarillento como una rosa marchita. Sus ojos no brillan ya como otros dias con los resplandores hermosos de la vida y la juventud, apagados como los últimos rayos del crepúsculo, se diría al mirarlos que aquel cuerpo estaba sin alma. Avanza con las manos plegadas sobre el pecho, y con una cruz

entre las manos. Al verla la muchedumbre no puede menos de esclamar «cuán hermosa!» pero algunas voces se escuchaban tambien que con acento dolorido dicen «cuán pálida y abalida está la joven que otras veces radiaba el placer y la alegría.» Llegado que hubo la comitiva junto al altar mayor, seis de las monjas que la componían se colocaron á un lado y seis á otro, dejando á Inés en medio, la cual, cubriéndose enteramente de un velo negro, se echó tendida sobre un paño mortuario. El sacerdote murmuró entonces los responsos, y el coro entonó el canto de los difuntos. Inés moría para el mundo, y aquel simulacro de entierro era la barrera que la separaba de las cosas terrenas, uniéndola á Dios con estrechos lazos.

¿Teresa que hacia en tanto? Arrodillada á un lado, fijó los ojos en su hija, elevaba al cielo las más fervientes oraciones, derramando de vez en cuando una lágrima por aquella Inés, que en poco tiempo había cambiado tan enteramente. Acabadas las ceremonias que en tales casos tienen lugar, se levantó Inés para ir á despojarse de aquel traje mundano, y á vestir la túnica sagrada. Pero al alzar el velo que la encubría, y al tender una mirada sobre la multitud, sus ojos se turbaron, y como herida de un rayo, le acometió un súbito estremecimiento. La multitud se agitó tambien entonces, y un grito partido de en medio de ella, y el ruido de un cuerpo caído en tierra se dejó oír al mismo tiempo. «El loco, el loco» gritaron en esto algunas voces, y los que estaban junto á aquel á quien tal hombre daban, se apresuraron á levantarlo del suelo: estaba muerto! Inés proseguía tambien como una estatua, envuelta en el velo y sin movimiento. Cuando fueron á levantarla el velo la hallaron ya fría y cubierta de la palidez de la muerte. Avalanzose su madre de su asiento hacia su hija, pero ya no pudo abrazar mas que un cuerpo de hielo, y ya no pudo besar mas que unos labios sin calor y amarillentos. La desgraciada Inés, que había pasado mas de un año en los mas intensos dolores del alma, había por fin hallado el término de su camino. La muerte vino solo á terminar aquellos dolores, que tanto tiempo había arrostrado sin darlos á entender, y el amor que así la había consumido iba á hallar su recompensa á la morada del Eterno.

Aquella noche las monjas que se quedaron á velar el cadáver de Inés, dijeron haber visto algunas veces en el intervalo de ella orlado de luz su semblante, y á la mañana siguiente la iglesia estaba fragante y aromática, cual si se hubieran derramado flores sobre ella. En el mismo cementerio se enterró tambien el mismo dia un joven llamado Miguel de Gallani, el cual, segun la opinion general, había muerto en un arrebatado de locura, despues de 16 meses de padecimientos causados por el ensalmo de una bruja.

Nuestros lectores comprenderán tal vez mejor que aquellos inocentes aldeanos la causa de la vida y muerte de Miguel de Gallani.

IMPRESA DE LA VIUDA DE JORDAN E HIJOS.